

TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7,2-4.9-14): *Una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar.*

Salmo (23,1-2.3-4ab.5-6): *«Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor»*

2ª lectura (1ª Juan 3,1-3): *Ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 5,1-12a): *Estad alegres y contentos.*

*Tradicionalmente este día de Todos los Santos; visitábamos los cementerios, para limpiar las lápidas, llenar de flores las tumbas y celebrar, aunque solo fuera una vez al año, una especie de culto que completábamos asistiendo, al día siguiente, día de las ánimas, a una misa ofrecida por ellos. Pero esta costumbre se ha ido deteriorando con el paso del tiempo, la hemos cargado de leyendas de ánimas y aparecidos, importadas de otras culturas con tintes macabros y carnalescos que, para nada tienen que ver con lo que la Iglesia celebra este día: El triunfo de aquellos que **«han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero».***

Por eso creo que sí, que debemos seguir poniendo flores en los cementerios, pero únicamente las flores de la oración por aquellos que nos han precedido con el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz. Las flores del recuerdo de nuestros seres queridos que han partido ya de este mundo y que nos han dejado un legado de fe y de vida que nosotros tenemos que transmitir, recordar lo que con ellos vivimos, lo que de ellos recibimos para que nuestro recuerdo sea una oración.

Y sabiendo que esto lo hacemos, no dando culto a los difuntos, pues nosotros celebramos la vida. Por tanto, rezamos al Señor para que aquellos que nos marcaron el camino y están ya con Él, intercedan por nosotros para que, siguiendo su ejemplo, también nosotros podamos incorporarnos al coro de los santos y elegidos.

*De esta forma, visitar los cementerios ese día, no será ir solamente a poner flores sino a vivir la comunión con aquellos que ya forman parte de la Iglesia que triunfa en Cristo resucitado; o sea, a vivir el misterio de comunión que es la Iglesia de Jesús, ese **«Pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».***

En el año 835, el papa Gregorio IV mandó establecer una fiesta en honor de Todos los Santos, el día 1 de noviembre; con esto ratificaba el culto que desde los primeros siglos de la Iglesia se daba a los mártires y que se fue extendiendo a los santos. Este culto nació unido a lo que podemos llamar “culto a los difuntos”, pues en la veneración a los mártires se visitaban las tumbas, se veneraban las reliquias y se establecían peregrinaciones y romerías para exaltar la figura del mártir.

Con esto se expresaba el convencimiento de que el mártir había alcanzado la santidad al incorporarse en la vida, y sobre todo en la muerte, a la pasión y muerte de Jesús, ya que la santidad solo pertenece a Dios y a su hijo Jesucristo, el único Santo, el único Señor. Dios comunica la santidad a su pueblo y Cristo la comunica a su Iglesia, a cada uno de los miembros de su cuerpo. Por eso, el título santo no tardó en ser atribuido de un modo especial a los bautizados que habían vivido su pertenencia a Cristo con una plenitud mayor a los mártires.

Pasada la era de las persecuciones, se extendió a otros fieles de Cristo en quienes había resplandecido más la imagen de su Señor. Se conmemoró el aniversario de su entrada en el cielo, se invocó su intercesión y se los propuso como ejemplo a la comunidad. Así es como nació el culto a los santos.

Pero este culto estaba dedicado a personas concretas. También hoy la Iglesia propone oficialmente modelos concretos de santidad; eso no significa que sea excluyente de ninguna manera, sino que ha habido a lo largo de la historia una **«multitud ingente de cristianos»** que han vivido también en plenitud, su pertenencia a Cristo y, por tanto, los podemos contar entre el número de los santos. Entre estos también hay personas que hemos conocido, personas cercanas a nosotros y que han podido ser modelo para nuestra vida de fe. A todos estos pedimos hoy su intercesión en esta fiesta, para que, también nosotros podamos alcanzar la santidad.

Porque la santidad es posible, ya que Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, pues la santidad consiste únicamente en ser fieles, a lo largo de la vida, a nuestro compromiso bautismal, o sea, ser de verdad auténticos discípulos de Cristo lavando y blanqueando las vestiduras en la sangre del Cordero, como esa multitud que presenta el libro del Apocalipsis.

Esto solo será posible haciendo de nuestra vida una expresión del Reino de Dios, a través de hacer nuestro el programa de las bienaventuranzas que hoy proclamamos en evangelio. Estas bienaventuranzas describen lo que sucede en el interior de la vida del discípulo que ha acogido el Reino de los Cielos proclamado por Jesús. Pero esto que sucede interiormente debe verse luego en signos externos, en actitudes de vida.

La actitud del discípulo que busca la santidad no puede ser otra que **«Buscad primero el Reino de Dios y su justicia»**. En alcanzar esta justicia el Reino consiste la santidad; así, el discípulo, será ya en esta vida **«sal de la tierra y luz del mundo»**. Por eso, alimentados con la carne y la sangre del único Santo y por la intercesión de todos los santos, le pedimos hoy, alcanzar también nosotros la santidad.